



LA VELADA.

El sol se oculta en el horizonte y por toda la aldea se oyen alegres voces, vuelven ya los rabaños del campo, pues han concluido su diaria faena, que solo consiste en alimentarse para regalo del hombre. El buey también ha trazado su correspondiente surco, y el caballo ha cumplido su obligación durante la jornada: ahora todos los animales se dirigen al establo ó á la cuadra para descansar hasta el siguiente día.

Asimismo han dado fin á sus labores el padre y la madre de familia. Rodados de sus hijos disfrutan de la frescura que les llevan las primeras sombras de la noche, de la oscura claridad de los rayos tardíos del sol que el aire disemina, y de la vista de las guirnaldas de pámpanos que se mueven blandamente en torno de las ventanillas. Después, cuando el ruido vaya desapareciendo, cuando las sombras se estendian por el valle, y los pequenuelos inclinan sus cabezas batigadas por sus bulliciosos juegos, el padre y la madre irán también á buscar en un dulce y apacible sueño la recompensa de las conciencias tranquilas.

Pero por el momento es más aparente que real el feliz descanso de esos dichosos padres, porque no ha terminado su tarea moral, que es la educación de sus hijos, deber sagrado, incansable, que exige todos sus desvelos. Así que no pueden mirar con indiferencia sus juegos, porque en ellos se manifiestan las inclinaciones, porque tal vez una virtud puede ahogarse en germen entre los placeres de la infancia, porque el vicio espía los corazones inocentes para cebarse en ellos.

El mayorcito de la familia ha recortado un ratoncito de cartón, y su instinto de cazador le hace observar los movimientos de los gatillos, que por instinto persiguen al juguete. Esa curiosidad del niño puede desarrollar su observación y estimular en él el pensamiento del trabajo y del estudio; pero mal dirigida, puede asimismo convertirse en crueldad y dar vida á esa tendencia perezosa y culpable, que aguarda la emoción y el placer del drama exterior de la vida y no de la actividad de nuestras propias facultades. El niño se mofa ahora de los augustas que supone á una ligera insensible; pero acaso mañana no tendrá bastante con la ilusión, y querrá asistir á la horrible ago-

nía del animal cuyos padecimientos ha soñado entre juguetes: más tarde se cansará de la destrucción de esos pequeños seres dañinos, y su alición trágica exigirá más fuertes emociones. Madre de familia, el niño que oculta su rostro en su seno te lo dire: esa escena de persecución le repugna, y sin embargo excita el interés de su hermana; la niña sigue con placer, con delicia todos los lances de esa casa simulada... Madre de familia, sé prudente, conserva la virginidad de los sentimientos de tus hijos, haz que no perezca en ellos antes de desarrollarse la flor de la piedad: tus consejos y los ejemplos de virtud que les presentes, harán que nunca se parezcan á esos hombres corrompidos,

Que amables en apariencia  
Juegan con un corazón,  
Como juega sin clemencia  
El gato con el ratón.

## TEATRO DE ALARCON.

*D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*, uno de los seis grandes nombres del teatro del siglo XVII, á pesar del relevante mérito de sus composiciones dramáticas, y acaso por su misma corrección y filosofía, que hoy las cualifican á los ojos de la crítica sensata, no debió merecer de sus contemporáneos gran favor y nombre, y acaso sus sureñores le hubieron continuado en tan injusto olvido, á no ser por el gran *Cornelio*, que imitando ó más bien traduciendo la preciosa comedia de *La Verdad sospechosa* (*Le Menteur*), reveló á los críticos españoles y extranjeros, entre ellos al mismo Voltaire, la importancia y valor de nuestro Ruiz de Alarcón como autor filósofo, ingenioso y correcto.

De todas estas dotes características suyas, hizo alarde este autor singular en contraposición á los grandes estravios de sus contemporáneos y rivales. Todas sus comedias respiran una intención moral (poco tan rara entre nuestros primeros dramáticos), todas se distin-



emparios, menos la exuberancia de poblacion con que allí se justifican la estrechez del caserío; menos la regularidad que han enseñado allí la práctica y la vista de buenos modelos en su linea. En nuestros recientes obras preside comunmente el capricho, y á menudo la extravagancia: ninguna proporción entre la amplitud y la altura de la casa, ninguna en el número y en el cosidológico de las aberturas; y hasta esa simetría bastarda en que toda la atención se cifra, no se consigue sino á costa de balcones ajurados y de fingidos portales, sucediendo tal vez, que creyendo haber hallado la entrada de un edificio de grande importancia, tropicéis con un paredon, y en vez de aldaba, con el cañon de una fuente... Por cierto que nos sienta bien un poco de indulgencia con las singularidades de nuestros mayores.

Menos grave fuera aun el daño, si limitado á las construcciones particulares, no se extendiera á los edificios públicos, y especialmente á los religiosos. De la pérdida lamentable de uno, cuyo vicio no han podido cerrar calorces años, no haremos responsable por cierto la depravacion del gusto, ni la presuntuosa ligereza é ignorancia del arte, ni el descuido é indiferencia general; causas eventuales, si bien mas poderosas, pasiones mas comprensibles, aunque mas funestas sin duda, produjeron la demolicion de Santo Domingo, de la obra magnífica de Jaime Fabrè, de la hermana de la catedral de Barcelona: la revolucion reclamaba su victima, y la piedad, las artes, la ilustracion se la disputaron palmo á palmo, y la opinion selló con afrentosa indeleble marca, el ominoso triunfo de aquella. Pero en el abandono de las que sobrevivieron, en la consuncion lenta y á veces acelerada de fábricas que á pequenísima costa pudieran utilizarse para el servicio público, ó reservarse para ocasiones necesarias, en los siempre renacientes proyectos y frustradas tentativas de traslaciones y derribos, en la frialdad con que ha sido acogida toda reclamacion artistica y todo esfuerzo reparador, en los parciales destrozos sin escrupulo y como por sistema consumidos en cuanto huelo á antigüalla, revélese no ya el huracan que troncha ni el torrente que atropella, sino el helado soplo que marchita, la pertinaz gólera que socava y mina y se infiltra por las grietas; hallamos en fin el espíritu de la época tan mezquino, tan perezoso, tan cobarde en conservar, como pródigo, activo, intrápidó para destruir. Las ruinas han parecido esplotables; y la especulacion, arrelatando la piqueta al oído y á la venganza, ha mostrado saber manejarla con mas perseverancia y destreza. Ya que no permite la miseria de los tiempos á la moderna arquitectura hacer alarde de sus primores en nuevas obras ó reparos, le ha proporcionado espeditas vias para nivelar alturas ó despejar solares.

De consiguiente no acusemos de rigurosos el temblor de tierra que en la madrugada del 15 de mayo último estremó fuertemente nuestras así recientes como antiguas, así grandiosas como humildes fábricas, imparcial é incorruptible como la guadaña de la muerte: sus estragos mas visibles atenuaron solo á derribar la linterna de la torre de San Francisco, y á cascar el remate de la del Socorro; la primera, bien ó mal, se está recomponiendo de lincosa; la segunda, piramidal y esbelta como una copa de ciprés, se ha rebajado ó mas bien truncado hasta donde se creyó conveniente, ofendiendo los ojos del que recuerda su gallardía. De las dos agujas que flanquean la gran fachada

de la Seo, sobre cuyo desplomo se habia ensañado nuevamente la atencion tras de diez años de olvido, despertando en el público mas curiosidad que inquietud, respaldó el mal intencionado terremoto la del Sagrado que mas inclinacion presenta y que mas alarmaba á las perlas, rajó y derribó la estremidad de la aguja, que por mas aplomosa y moderna, mayor seguridad inspiraba: ahora las dos, pagando justos por pecadores, y é fin de establecer una triste simetría, preséntan por igual cortada su aguda cúspide, que por cima de la grandiosa mole gentilmente descollaba. Pero no se trata ya del esterior ornato, ni de mutilaciones mas ó menos importantes en los accesorios: trátase de la conservacion misma del gigantesco edificio, terriblemente comprometida, si se pone mano al reparo de su desplomo, antes de averiguar concienzuda y detenidamente la causa que lo produce, á riesgo de agravar el mal cuyo remedio se procura. Si el daño, cuya progresion en el trascurso de dos siglos, no está bastante demostrada con irreprensibles mediciones, y cuya laminencia es por lo menos problemática; si este daño reside en el empuje de las bóvedas y no en la debilidad de los cimientos, como ha pretendido un artificialista de indisputable talento, digno, aunque profano, de los honores de la discusion, con razones que el público, viéndolas incontestadas, ha podido creer incuestionables (1), en este caso, el desmonte del macizo paredon basta el nivel de los arcos interiores, no contrarestando ya con su resistencia el impulso de ellos, traería consigo el hundimiento de las naves, y precipitara una catástrofe, cuya posibilidad mas remota hiela desde luego la sangre en las venas. Tremenda responsabilidad, cien veces mas tremenda que la de abandonar la fachada á su intrínseco riesgo, pesaria entonces sobre el imprudente reformador; y mucha y muy imperlurbable confianza en la ciencia propia se necesita para arrostrarla. En materia tan irreparable y trascendental, no es la actividad y brio, sino la madurez, el detenimiento, la observacion profunda lo que principalmente se recomienda: un fallo tan grave bien merece ser razonado. Lo cierto es, que sin distincion de clases, la ciudad entera, que tanto derecho de ocuparse tiene en una cuestion que es toda suya, tiembla ya del reparo mas bien que de la ruina; y azorada se pregunta si la temeridad de los hombres, antes que el vicio de la fabrica ó la injuria de los años, la privará arrebatadamente del mas glorioso monumento de nuestros mayores, en que la piedad de cuatro siglos apuró sus riquezas y el ingenio su trabajo.

J. M. CUADRADO.

(1) No es tan peregrina esta opinion que no particionen de ella á la investigacion en su reciente obra *Historia y bellezas*, el malogrado D. Pablo Falferr, con sus concienzudas y profundo observacion de los monumentos, nada se ofrece á poner en duda. Ocupandose de la fachada de la catedral, escribe: «Antes de la puerta hay otras dos torrecillas no concluidas; ellas se alzan para contrarrestar el empuje de las arcadas que dividen las naves.» Y abajo en una nota: «Ya he apuntado, que sucesivamente dirigieron la obra, debieron de tomarse por la firmeza de aquella elevada linea de bóvedas, que bien asegurada por los estrados del cimbrado, quedaba sujeta mientras por tanto tiempo duraba la construcción, y no se le opusieron contra-fuerzas por la parte del frente. Ello es que de los cuatro pilares, que sirven á cada lado, dividen las naves, los cuatro mas inmediatos al altar mayor tienen siete palmos y medio de diametro, los dos siguientes ocho, y los demás nueve y medio. Para compensacion se les pudo impedir que al gran frente de veinte palmos de altura cediese un tanto al empuje, y por su parte superior tomase una inclinacion que ya de lejos el viajero divisa con espanto.»



(Puente de Oraxa en Vergara.)



### ¡LA CRUZ QUE NOS PROTEGE!...

Viajando por cualquier departamento de Francia, se encuentran con frecuencia cruces de madera ó de hierro más ó menos toscas, colocadas en la cima de una montaña casi inaccesible, en el fondo de una profundidad imponente, en las quebraduras de un grupo de peñas de color ceniciento medio ocultas por el follaje, ó en las orillas del mar en un punto triste y solitario que convida á la meditación. ¿Qué mano ha levantado estos sencillos monumentos que tan elocuentemente hablan al viajero, cuando los ve destacarse con formas oscuras sobre la primera claridad de la aurora, ó dibujarse indecisamente á la hora solemne del crepúsculo de la tarde que oculta su última luz en el horizonte? ¿quién ha elegido con tan admirable acierto los sitios más convenientes para que armonicen los pensamientos que debe despertar aquel signo de devoción, con el recogimiento que producen ciertos cuadros sublimes de la naturaleza? Nadie lo sabe, ni el pueblo se cura de averiguarlo: bástale con el respeto y la fe que tiene en aquel recuerdo de la existencia de Dios, ante el cual se descubre y se arrodilla.

No há mucho tiempo que atravesábamos una de esas playas desiertas de que hemos hablado arriba. Nuestro caballo se había reanimado con el aire salitroso del mar, y aspiraba con ansia la brisa; sus piés, hollando la arena húmeda, no producían ningún ruido, y su galope era tan suave, que no se sentía ninguno de sus movimientos. Habíamos abandonado la brida, y el animal se lanzaba á través del espacio con una velocidad extraordinaria. En una noche sombría, oyendo á la derecha el ruido del mar, teniendo á la izquierda una cadena de peñas de un color pardusco y la luna velada con fúnebre manto, había motivos para creerse trasportado en alas de una cabalgadura fantástica, á través de espacios desconocidos: nuestra alucinación no fué completa, pero si nuestra distracción, de la cual nos sacó el aspecto de una cruz que á larga distancia se alzaba confusamente en medio del mar; y era tiempo de que volviéramos de nuestro arrobamiento; la marea creciente había ganado terreno, y llenaba ya el angosto camino con una grande cenefa de espuma blanca, amenazando usurpar el paso por completo. De la region de la poesía descendimos de pronto á la prosa de la vida, y empezamos á recordar varias historias de viajeros sorprendidos por la marea, que habíamos oído contar en nuestra niñez, sin perdonar ningún detalle de este género de agonía que va ganando terreno pulgada por pulgada desde los piés á la cabeza. Nuestra alarma era ya grande, cuando felizmente concluyó la cordillera de peñas que limitaba el camino por el lado opuesto al mar, y para colmo de fortuna nos hallamos á pocos pasos de un pueblecillo.

No tardamos en preguntar el origen y la significación de la cruz que habíamos visto: de lo primero nadie pudo informarnos; pero supimos que aquella piedra de granito era un signo completo de salvación; cuando la marea subía las olas lamian apenas la base y ganaban terreno progresivamente; mientras aparecía la cruz era posible la fuga, pero toda esperanza concluía en el momento que el agua la sumergía por completo.

No pudimos menos de admirar la idea verdaderamente cristiana de haber hecho así del signo de redención el emblema de la vida, como para advertir al viajero con una imagen material é inmutable, que cuando la cruz desaparece, Dios se ausenta y el hombre no debe contar con él.

No teniais por qué temer, nos decian la gentes, mientras vierais La Cruz que nos protege!...

A.



## AMOR A VISTA DE PAJARO.

CAPITULO XIX.

Dos primas y una romanza.

Luis no había reparado hasta aquel momento que hacía una luna deliciosa, y como si quisiera pagar de antemano á Magdalena el trabajo que se iba á tomar recitándole la romanza, le encomió la poesía que debía tener una bellissima romanza, recitada á la luz de la luna por una mujer encantadora. Magdalena aceptó el cumplimiento; porque los cumplimientos son letras de cambio que siempre se pagan á la vista, y recitó despues la romanza con escrupulosa atención.

—¿Los dos ángeles que en ella figuran serán V. y su prima? preguntó Meneses y Magdalena respondió:

—El poeta ha tenido esa galantería respecto á mí; respecto á mi prima ha sido justo.

—Estoy bien seguro de que el poeta ha dicho la verdad respecto á V.; pero, á un lado el amor de familia, su prima de V. es tan hermosa como la pintan esos versos?

—Mi prima es tan hermosa que no admite comparación; y si V. la viera, estoy muy segura de que no sabría á quién compararla: tan esbelta y hermosa es su beldad.

—Si es tan hermosa como V. dice, podrá compararla á V. señora.

—La agravia V. porque no la conoce; aunque bien puede V. conocerla.

—V. cree que habrá tenido yo ocasión de haberla conocido?

—Indudablemente, pues ha pasado largas temporadas en la corte.

—¿Tendrá V. la bondad de decirme el nombre de su hermosa prima?

—Lleva mi mismo nombre y tiene mi edad, caballero.

Magdalena, precisamente, murmuró Luis viendo cumplida la esperanza que había alimentado todo el día. Pero como no quería incurrir en nuevo error, y se había propuesto adquirir todas las noticias necesarias, añadió, procurando ocultar su alegría:

—¿También tendrá V. la bondad de manifestarme su apellido?

—Y por qué no? Se llama mi prima Magdalena de Sandoval.

—Hija única de D. Blas de Sandoval y doña Margarita...

—De Zuloeta: dijo Magdalena, acabando el período que no podía cerrar Meneses.

—Y Magdalena y su familia acaban de dejar la corte? insistió Luis. Precisamente antes de ayer tuve el gusto de recibirla antes de venirme á Arechavala.

—¿En dónde?... Señora, dispénsame V. lo indiscreto de la pregunta.

—No tiene nada de indiscreto. La recibí en su caserío de los Manzanos, distante de aquí unas dos leguas, en la dirección de Vitoria, de donde salieron aquella mañana madre y hija.

—Pues conozco mucho á Magdalena, y efectivamente es hermosísima; pero insisto en la comparación.

—Hoy á V. las gracias por su permanente galantería.

—Por mi absoluta veracidad. ¿Y dígame V., Magdalena, sabe V. si vendrá á los baños su hermosa prima? preguntó Luis, llevando la cuestión á su verdadero terreno.

—Casi puedo asegurar que no, repuso Magdalena extrañando algo la insistencia de Luis Meneses.

—Pues lo siento mucho, porque hubiera tenido mucho gusto en verla.

—¿La trató V. mucho en Madrid? preguntó Magdalena á su vez, queriendo averiguar la estension de las relaciones que existían entre Meneses y su prima.

—Lo bastante para volverla á ver con gusto; repuso Meneses aparentando cierta frialdad.

—¿La encontraría V. en alguna reunión? insistió Magdalena.

—La vi por primera vez el año pasado en el Escorial.

—Es verdad que pasó quince días de julio en aquel real sitio; y despues se vino á las provincias.

—¿Han hablado VV. alguna vez de la Iglesia del Monasterio?

—Sí señor. Mi prima me la ha descrito varias veces; y recuerdo que me repetía, siempre que hablábamos de este templo, lo mucho que le había llamado la atención un hombre que vió parado en el suelo de la cornisa, mirándola con la mayor tranquilidad.

—¿Y regularmente diría que ese hombre le había parecido un loco de estar?

—No señor. Tomó por lo serio aquel arroyo, ó mejor dicho, aquella indiferencia.

—¿Y lo transformó en un personaje de novela? preguntó Luis queriendo ocultar su interés.

—Mi prima no hace personajes de novela, repuso Magdalena con la mayor formalidad.

La procesion había llegado á la puerta de la condesa, y Luis había adquirido todas las noticias que podía darle la Magdalena hallada de la Magdalena por hallar. Adquiridas estas noticias, no encontraba Luis ningún atractivo en la conversacion de la jóven, y tampoco estaba dispuesto á pasar la noche bailando, que era la opinion general. Por lo tanto se acercó á la condesa, y la dijo:

—Tengo el honor de devolver á V. el precioso depósito que tuvo la bondad de confiarme.

—Y que muchos le han envidiado, repuso la condesa tomando el brazo de su amigo.

—Lo creo, condesa. Y ahora espero las órdenes de V. para rati-ficarme.

—¿Es posible! ¿No quiere V., amigo mio, concurrir á nuestro baile?

—Condesa, repetí que estoy dispuesto á hacer cuanto V. precep-

ta; pero he caminado toda la noche pasada, he dormido apenas y estoy rendido de cansancio.

—Hallándose V. tan cansado, sería una crueldad detenerlo. Puede V. marcharse cuando guste.

—Crea V., condesa, que me retiro con un profundo sentimiento.

—Venga V. á verme mañana á las dos, y rogáremos á Magdalena que nos cante otra romanza.

—Desearé que sea condescendiente, porque sus romanzas son lindísimas.

—A propósito: ¿le recitó á V. la letra de la que nos cantó esta tarde?

—Sí señora: observó Magdalena. El señor de Meneses no perdona palabra empeñada.

—Ni deajo de cumplir las que empeño, repuso Luis con jovialidad.

—Posee V., querido Meneses, una cualidad poco común, dijo la condesa dirigiéndole una mirada maliciosa.

—Hasta mañana, querida condesa; hasta mañana, Magdalena; murmuró Luis despidiéndose de las dos damas, é hizo su promesa entre dientes, porque acababa de decir que cumplía siempre sus palabras, y pensaba faltar á la que estaba dando en aquel momento.

—Hasta mañana, querido Meneses, repuso la condesa.

—Hasta mañana, señor de Meneses, dijo Magdalena.

Meneses se dirigió por el camino que le pareció mas corto á su casa. En el dintel estaba de pié el señor Ramon, fumando un habano de colosales dimensiones que le había regalado Francisco.

Buenas noches, señor Ramon, dijo Meneses, parándose junto á su huésped.

—Buenas noches, repuso el señor Ramon con su brevedad acostumbrada.

—¿Como está mi pobre criado? volvió á preguntarle Meneses.

—Casi bueno, volvió á responder el lacónico señor Ramon; y tomando una lamparilla, echó á andar delante de Luis, hasta que llegaron á la habitacion del viajero. Meneses se dejó caer sobre una silla; el señor Ramon encendió dos bujías, se cruzó de brazos y dijo:

—¿Quiere V. comer?

—He comido ya, repuso Luis quitándose el sombrero.

—¿Quiere V. cenar? volvió á preguntar el señor Ramon.

—No acostumbro á cenar, repuso Meneses contrastando su amabilidad con la rudeza de su huésped.

—Buenas noches, dijo el señor Ramon, y se dirigió hácia la puerta.

—Señor Ramon, ¿está durmiendo mi criado? le preguntó Luis deteniéndolo.

—Sí señor, repuso el huésped, usando siempre las menos palabras posibles.

—Voy á hacer á V. una pregunta. ¿Sabe V. en dónde está el caserío de los Manzanos?

—Sí señor.

—¿Podrá V. proporcionarme un guia que me conduzca á el mañana á las cuatro de la mañana?

—Sí señor.

—¿Me despertará V. á las tres?

—Sí señor.

—Muy buenas noches.

—Buenas noches.

CAPITULO XX.

La roca Yareya.

Aunque no había dormido Luis la noche anterior, esperaba y temía demasiado para entregarse al blando sueño que un blando lecho le brindaba. Dando vueltas sobre si mismo, formaba castillos en el aire en un momento de entusiasmo, y los deshacía lentamente á impulso de la reflexión. (Pobre naturaleza humana; trabaja para edificar, y cuando ha construido el edificio, trabaja para destruirlo). Bien le retrató la mitología en la tela de Penélope.

El señor Ramon era un hombre sumamente exacto: á las tres en punto se encontraba á la esbatera de Luis, con un candelero en la mano. Meneses estaba despierto; el señor Ramon lo notó, dejó el candelero sobre la mesita de noche, y se alejó sin pronunciar ni una palabra.

—Este hombre, pensó Meneses, de lo común se ha vuelto mudo; y sacudiendo un pequeño resto de aquella colosal pereza que le dominaba dias antes, se arrojó del lecho.

Empezaba á vestirse, cuando apareció Francisco, risueño como de costumbre.

—Muy buenos dias, señorito. ¿Qué tal ha pasado V. la noche? preguntó el fidelísimo criado.

—En vela, Francisco; repuso Luis. ¿Y tú como estás?

—Casi bueno. El doctor no es del todo tanto, y me ha sacado perfectamente la sangre.

—Me alegro mucho. Pero otra vez que caigas ya sabes el mejor remedio.

—Prometiré no tener que usarlo. ¿Con que vamos esa madrugada de paseo?

—Yo, á lo menos, si tú puedes venir ó quedarte, como te parezca mejor.

—¿Pues no me ve V. ya dispuesto? dijo Francisco presentando á su amo á corbata.

—Me alegro mucho, porque quizás me serás útil.

—¿Pero, señorita, puedo yo saber adónde vamos?

—Francisco, he solicitado ayer algunas noticias.

—¿De la señorita Magdalena? preguntó Francisco con acento de desconfianza.

—Sí, Francisco. Ya sé perfectamente sus dos apellidos.

—¿De modo que la señorita se llama?...

—Doña Magdalena de Sandoval y Zulueta, hija de D. Blas de Sandoval y de doña Margarita de Zulueta. Reparó qué dos apellidos. El primero corresponde á una de las casas mas lustrosas de España, y el segundo á uno de los mas ricos banqueros. Hermosura, sangre y riqueza. ¿Qué dices de estas tres cualidades?

—Digo, señor, que son magníficas. ¿Pero está V. seguro de que mi señora doña Magdalena de Sandoval y Zulueta, es la Magdalena que buscamos y no encontramos por desgracia?

—Segurísimo: y lo que es mas, Francisco, tengo seguridad de encontrarla hoy mismo.

—¿Segun eso vamos?...

—A su caserío de los Manzanos.

Luis habia acabado de vestirse, el señor Ramon se presentó con una tiza de chocolate, que apuró Meneses en tres minutos. Tomado este corto refrigerio, dijo á su huésped:

—¿Está dispuesto el guia?

—Sí señor, repuso el vascogado.

—¿En dónde está?

—Soy yo.

—Tiene V. dispuestos caballos para nuestra expedición?

—No se necesitan.

—Pues vamos.

Francisco se alegró en el alma de que la expedición fuera pedestre, pues prefería fatigarse un poco á pagar una carretada, como la de la noche anterior. Empezaba á rayar el alba cuando salieron los viajeros de la posada de Meneses, y Luis, que estaba lleno de esperanza, vio con delicia ese gran mundo benéfico que se replega hácia occidente al primer albor de la mañana. Por segunda vez en pocos dias oyó el armonioso concierto que forman las auroras y los árboles, los pájaros y los arroyos; y al trino del primer gilguero unió su voz, cantando la dulce romanza que le causó tanto entusiasmo. Una vegetación hermosa presentaba hermosos modelos á la escuela flamenca, y los horizontes tomaban sus tintas de la paleta de Villamil. Las auras bajaban perfumadas y húmedas desde las cumbres del Pirineo, y las fieras corrían como niños que pisan el campo tras una larga resaca.

Habían llegado los viajeros á la cima de una montaña, en la que se elevaba, como una atalaya morisca, una capilla consagrada á nuestra Señora del Amparo. Sus negros muros atestiguan su prodigiosa antigüedad, pero ocultaban su vejez bajo los ramos de laurel y mirto, y las coronas y guirnaldas de flores que enteramente los cubrían; asemejándose mucho la capilla á un abuelo á quien sus nietos han engalanado la mañana de su centésimo natalicio.

El señor Ramon pasó por delante de la capilla, sin dirigirla una mirada, y siguió su marcha; pero Luis se acercó afablemente á una capilla de santero que estaba á la puerta, y le preguntó:

—¿Con qué motivo está esta capilla tan engalanada?

—Acaba de casarse en ella uno de los mas ricos propietarios de esta comarca, respondió el santero á Meneses.

Como nada importaba á Luis la boda del rico propietario, se despidió y apresuró el paso, imitando la celeridad de su guia. Francisco, que se habia hecho peroso desde que su amo desplegaba tan poca común actividad, seguía á Luis murmurando; y todos tres empezaron á bajar la colina y á descubrir el profundo valle que se reclamaba á su pie. A la derecha del camino descubrió Luis unas rocas salientes, que se avanzaban hácia la cañada como el famoso promontorio de Leucades hácia el mar; y siguiendo su antigua afición á encaramarse por las alturas, corrió hasta el ángulo mas saliente de las escarpadas peñas. Francisco siguió á su amo de cerca; pero tuvo muy buen cuidado de pararse en silencio á la peña; y el señor Ramon no pisó las rocas, contentándose con esperar á sus compañeros de viaje.

Aun no habia tenido Meneses tiempo de contemplar el pintoresco panorama que se presentaba á su vista, cuando bajó su nieto la dudosa montaña de vellos lamboviles y delirios; descubriendo momentos después una procesion de aldeanos, vestidos de fiesta y engalanados con vistosas cintas y flores. Esta procesion caminaba por el albeo de la cañada, y se dirigía hácia una hermosa casa de campo, que destu-

bría Luis desde su elevado promontorio. Tras la doble fila de aldeanos, marchaba un grupo de ocho ó diez personas á lo mas, y en su centro una jóven vestida de blanco y coronada de rosas del mismo color. Este espectáculo y la nueva que acababa de recibir en la capilla, persuadieron á Meneses de que todo aquel cortejo lo formaban los novios y su parentela; y como debia pasar precisamente por el fundo de la cañada, dió un paso más, quedándose tan en la punta de la roca, que visto desde abajo, parecia suspenso en el aire como el alhauí de San Vicente.

Ya habia pasado una parte de la comitiva, y Meneses trataba en vano de ver el rostro de la novia, porque esta llevaba la cabeza inclinada de modo que era imposible descubrirlo. Pero de repente se acercó á ella uno de las mugeres que la acompañaban, y la dió con cierto misterio una palabrita al oído. Entonces alzó la cabeza, y elevó su ardiente mirada en el temerario que coronaba el promontorio.

—¡Magdalena! exclamó Luis, tendiendo los brazos hácia ella, como si quisiera precipitarse en aquel abismo; y buyendo despues espantado de su propia temeridad:

—¡M sueño! murmuró Magdalena: apoyándose en el brazo de su marido para no caer desvanecida.

—Lo que buscábamos y encontramos á mala hora, tartamudeó Francisco. Ya sospechaba yo que no acababa bien un Amor á vista de pájaro.

FIN.

JUAN DE ARIZA.

## LA CUEVA DE HERCULES EN TOLEDO.

### LAS ÚLTIMAS ESCAVACIONES DE LA MISMA.

Han pasado siete siglos y medio desde que la ciudad de los concilios fué arrancada por las armas castellanas del poder de la morisma, abrigándose en su recinto muchas y muy peregrinas tradiciones, ya relativas al largo periodo en que volaron en sus adárces las lunas africanas, ya á la floreciente edad de los Wambas y Bécaredos, ora á la dominacion romana, ora en fin á los tiempos fabulosos en que aparece la historia envuelta en las mas profundas tinieblas. Sin duda á estos primitivos siglos debió remontarse el origen del monumento á que se adhiere la tradicion toledana de la *Cueva de Hercules*, que tan profundas raíces logró echar durante la edad-media entre cronistas y poetas populares, dando á la corte de Alonso VI una antigüedad verdaderamente prodigiosa. Prestaba el vulgo, siempre dado á la maravillosa, su asentimiento á cuento á la cueva prodigiosa stalinia; y andando los tiempos, llegó á ser española aquella tradicion toledana, inspirando varias obras de ingenio á los mas celebrados vates.

Si se libertaron de su poderoso influjo los historiadores que ya en el siglo de oro de nuestra literatura florecieron: el docto y severo Mariana, hijo de la provincia de Toledo, el diligente conde de Mora, y el no menos estimable Julian del Castillo, dieron entrada en sus historias á la tradicion del *palacio encantado* y *Cueva de Hercules*, repitiendo la popular narracion de los falsos cronicones y de las leyendas vulgares, y alimentando de esta manera el interés local de lo que era comunmente designado con el titulo que sirve de epigrafe á estas líneas. Mas crédulo que todos el doctor D. Cristóbal Lozano, llegó en sus *Reyes Nuevos*, á señalar á Tíbal como el primer fundador de esta *cueva*, añadiendo que fué despues readmitida y ampliada por Hercules, quien se *erigió de ella como de palacio, leyendo allí la arte mágica*. Destinaronla despues los romanos ó otros usos militares, hicieronla los primeros cristianos lugar de refugio en las frecuentes persecuciones que sufrían, y enriquecieronla los árabes con nuevas maravillas, contribuyendo así todas las épocas y dominaciones á rodearla de misterios, propios mas bien para exaltar la imaginacion de la muchedumbre, que para mover el ánimo del verdadero historiador ó anticuario.

En tal manera condieron las consejas que á esta antiquella se referian; mas no faltaron tampoco quienes, como el entendido don Francisco Santiago Palomares, tan digno del respeto de los doctos por sus estudios arqueológicos, como por sus conocimientos filológicos y paleográficos, declararon que la pretendida *Cueva de Hercules* nunca habia existido, siendo cuando mas, una *clauca* romana, la construcción que con semejante nombre era apellidada. Pocas eran las personas instruidas que no adoptaban el juicio de Palomares, hallándole conforme con las costumbres del pueblo romano, que dejó en todas partes palpables muestras de su grandeza y poderío; cuando á principios del año de gracia en que vivimos, moviéronse algunos curiosos del deseo de penetrar los misterios que la tradicion guardaba, resolviéndose á emprender en el sitio de la llamada *Cueva* algunas escavaciones. Grande fué el valor con que se acometieron estos trabajos: algun curioso, ó mas amante ó mas crédulo que sus compañeros, echó á la preza para pulverizar la opinion de Palomares; y de los que le seguían, sol-

lando tantas y tales prendas respecto de la indudable existencia de la maravillosa *Cueva*, que no había de encontrar después fácil defensa á sus aventurados vestros. Han entre tanto adelantado las excavaciones; y al paso que abren la azada en palmo de terreno, moria una ilusión en la fantasía de los exploradores, quienes no abandonaron, sin embargo, la empresa hasta perderla todas ó lograr el triunfo de la curiosidad que los impulsaba. Al cabo se dieron por vencidos, levantando mano de las excavaciones, las cuales no han sido de todo punto estériles para la historia y la arqueología, pareciendo mas fácil el resolver la intrincada cuestión del origen, objeto y uso posterior de la construcción tendida por *Cueva* ó palacio de Hércules.

En efecto, no es ya posible dudar en modo alguno ni del primitivo objeto, ni de la fundación, ni del uso á que en siglos posteriores fué destinada la construcción que sin fundamento de ninguna especie ha llevado hasta ahora aquel título. Pero si esta maravillosa tradición, alimentada por la oscuridad de los tiempos, y abultada por la imaginación de escritores que en nada tenían los fueros de la crítica, ha muerto á manos de los últimos exploradores, licito nos será declarar aquí que no es tampoco mas consistente la opinión de los que, como el erudito D. Francisco Santiago Palomares, no pudiendo dar entrada á las patrañas del palacio encantado, y apoyándose en el conocimiento de la historia romana, supusieron que fuera acaso una *cloaca* la equívoca *Cueva*. Esta opinión, á que nos mostramos inclinados en nuestra *Toledo pintoresca*, obra consagrada exclusivamente á la descripción artística de los monumentos de la antigua corte visigoda, no puede ya sostenerse. La denominada *Cueva de Hércules*, ni es tal *cueva* maravillosa ni es *cloaca*.

Pocos esfuerzos son necesarios para demostrarlo: no es tal *Cueva de Hércules*, porque su construcción es indubitablemente romana, lo cual prueba que no podía existir en la época á que se intenta remontar las fabulosas hazañas llevadas á cabo por Hércules en nuestro suelo: no es *cloaca*, porque destinadas estas soberbias construcciones á recoger las aguas llovéizas de las ciudades, arrojando al propio tiempo todo género de inmundicias (*sordas*), solo ocupan las bóvedas descubiertas el espacio de 45 á 50 pies de largo, por 25 á 50 de ancho, terminando en la piedra viva, que se levanta hasta el cañon de dichas bóvedas, sobre el nivel de los arranques de las tres arcos, únicos que en aquel lugar pueden haber existido. ¿Qué será, pues, la llamada *Cueva de Hércules*?... La respuesta es bien sencilla para todo el que tenga algunas nociones de la historia de las artes, sin que haya necesidad de acudir á lo maravilloso ni á lo absurdo. Sobre un área de la longitud y latitud que dejamos notada, se levantan dos gruesos y robustos muros de contención, que reciben cada cual una bóveda, las cuales recogen sobre tres grandes arcos de sillero, que naturalmente los separan en dirección á oriente. Es toda esta construcción romana, recordándose al exámbulo, cuantos monumentos de aquella poderosa civilización ha respetado en nuestra España y fuera de ella la segur del tiempo, y muy principalmente los arcaicos de Segovia y Tarragona, así como también los anfiteatros de Italia y China, y aun el circo máximo de Toledo. Semjante fábrica está manifestando que fué destinada á recibir un culto tan fuerte y robusto como ella; y por la situación, por la importancia de lo existente y por la extensión del lugar que ocupa, no admite duda en que fué aquel un templo gentilicio. Lo que no es posible determinar es la deidad á que hubo de estar consagrada, bien que nunca podrá asentarse que fuere Hércules, quien haya recordado, con Virgilio, las condiciones necesarias para la construcción de los templos dedicados á dicho semidiós, que no podía ser adorado dentro de los muros de las ciudades que le rendían culto. Mas probable sería la conjetura de suponerle levantado á Júpiter, á lo cual da por una parte fundamento la misma fortaleza de las bóvedas existentes, y el recordar por otra que el padre de los dioses era adorado dentro de los castillos (*arces*) y ciudades fuertes, en cuyo centro se erigían precisamente sus templos. A esta consideración, hija al mismo tiempo de la historia y de la arqueología, deberá añadirse la observación no menos importante de que el principio de los historiadores latinos dice de Toledo, que era *urbe parva, sed valde munita*, y como en el centro de la antigua población romana han aparecido las bóvedas que dan ocasión á estas líneas, razonable parece en consecuencia el deducir, apreciando las costumbres y ritos de aquellos dominadores, que introdujeron en nuestra patria su religión, su lengua y sus artes, que las ruinas ahora descubiertas por los últimos exploradores pueden ser sin dificultad alguna, la *arx* ó cuerpo subterráneo del templo que Toledo consagró á Júpiter ó á otra deidad, *majorum gentium*, en aquellas apartadas edades.

Esto es cuanto se refiere al objeto y fundación del monumento que examinamos: respecto del uso á que en mas cercanos días fué destinado, aunque sea por los vestigios que han llegado á nosotros, será bien advertir que todavía pueden señalarse tres grandes épocas en la historia del edificio levantado sobre las misteriosas bóvedas que han llevado indebidamente el nombre de *Cueva de Hércules*. 1.ª época b-

zantica: 2.ª época ambigua: 3.ª época de la restauración ó castellana. Han inequívoco testimonio de la primera transformación del templo gentilicio, que debió reducirse á iglesia católica, luego que se estableció á luz la religión del Imperio la predilección por los apóstoles, los muchos y muy apreciables fragmentos de piedra que se conservan empotrados en el muro hoy existente, y cuyos grabados y sencillos armarientos y labores son indudicio claro de la antigüedad á que nos referimos. Sin duda cambiando absolutamente las necesidades del culto, hubo de espermentar el templo primitivo notables modificaciones, admitiendo como inevitable consecuencia de las nuevas leyes de la liturgia, la ornamentación dominante en cada uno de los tiempos en que dichas modificaciones se verificaron. Deponen igualmente de la segunda transformación del edificio, fundado sobre la mal llamada *Cueva de Hércules*, los arcos que todavía existen (bien que cegados con mucha posterioridad) de lo que debió ser mezquita en tiempo de los árabes, destruida ó alterada en gran manera la iglesia bizantina. Dichos arcos, así como el gracioso y esbello *apícris* que en la parte exterior del muro se contempla, presentando la bella forma de herradura, alejan toda duda sobre la existencia de esta fábrica sarracena, que parece haber llegado hasta nuestros días, según el común asentimiento de las personas inteligentes que la vieron derribar con dolor en 1831. Restaurada Toledo del poder de la morisma, fué la mezquita consagrada al cristianismo bajo la advocación de San Ginés, y señalada como parroquia: nuevas modificaciones se hubieron por tanto de introducir en ella, conforme á las diferentes prescripciones del culto á que se dedicaba. Enriquecida por la piedad de los fieles, se le agregaron sucesivamente algunas capillas, donde hizo gala la arquitectura, apellidada generalmente gótica, de sus innumerables bellezas. Los pocos restos que hemos examinado de estas construcciones, manifiestan de un modo concluyente que aun en la segunda mitad del siglo XV recibía la parroquia de San Ginés nuevos aumentos y mejoras, reflejando, así como otros muchos templos de Toledo, la historia de las artes españolas durante la edad media.

¿Cuál era entre tanto el uso á que se destinaba la *cueva* llamada de Hércules?... Difícil cuando no imposible sería el responder satisfactoriamente á tal pregunta respecto de los primeros tiempos de esta construcción, ya bajo la dominación romana, ya bajo la gótica, ya bajo la sarracena. Respecto de la última época, es decir, desde algunos siglos después de la restauración de Toledo hasta el establecimiento de los *campes navales*, como quiera que no fuese posible abrir sepulturas en la bóveda sobre que estaba fundada la iglesia, se destinó con piadoso acierto á común cementerio de los fieles, siendo verdaderamente sensible que la estéril curiosidad de los últimos exploradores haya venido á turbar el reposo de aquellos huesos, que yacen ahora insepultos, con no poco sentimiento de cuantos los contemplan.

A tal punto queda, pues, reducido cuanto la excavación verificada en los últimos meses nos enseña respecto de la fabulosa *Cueva de Hércules*. El deseo de envolver en las nieblas de lo maravilloso los orígenes de los pueblos, ha llevado con frecuencia, aun á los hombres muy doctos, al estremo de abrigar las tradiciones de la muchedumbre, por absurdas y contradictorias que sean, siempre que hayan halagado la vanidad ó el orgullo de sus compatriotas. De este defecto acusan los mas autorizados críticos al principio de los historiadores romanos, y del mismo achaque adolecen nuestros antiguos cronistas, y no pocos de nuestros historiadores que florecieron en el siglo XVI. Pero hoy que los estudios históricos, iluminados por la antorcha de la filosofía y apoyados en la ciencia arqueológica, han hecho tan largo camino, no es ya posible recibir como artículos de fe toda clase de tradiciones y de cuentos. Las tradiciones de los pueblos tienen en su historia un valor meramente relativo: determinan acaso su amor á la independencia, la fortaleza y profundidad de sus creencias, la variedad peregrina de sus costumbres: bajo este punto de vista son dignas de estudio y de respeto. Pero nunca podrán servir de sólido fundamento la verdadera especulación histórica: nunca podrán resolver las dudas que surjan del examen fijo y concienzudo de los hechos. Cuando se sometan á esta dura prueba, sucederá lo que ha pasado á los últimos exploradores: por manifestar la realidad de una cosa que solo vivía en las ideas de los tiempos, se han sacado á la luz del día, y se han dado muerte. La tradición que ponía la *Cueva de Hércules* bajo la demolida iglesia de San Ginés, ha muerto: para alimentarla por algun tiempo hay necesidad de buscar una nueva *cueva*. ¿Será posible hallarla?... En Toledo existen muchas construcciones subterráneas, y acaso alguna *cloaca* romana. Pero de seguro no hay ninguna *Cueva de Hércules*, según la describen los fatasa cronicones, y según pareció verla la exaltada fantasía del duque Luca. Los exploradores irán, como van los niños tras la luna de queso en tierra, hasta encontrar de *cueva* en *cueva* el último de engañeo.

José AMADOR DE LOS RÍOS.

## RELACION

de la familia y regalos que trajo al rey de España. Mustafa, embajador del Gran Turco, que se embarcó en Constantinopla á primeros de abril de 1791, y llegó á España á principios de mayo.

## Familia y servidumbre.

Quince mugeres para su uso.—Dos secretarios.—Tres maestros de ceremonias.—Tres ulemas ó doctores de la ley.—Cinco gentiles-hombres.—Dos mayordomos.—Dos caballeros.—Dos drogamanes ó intérpretes: el uno andaluz y el otro mallorquín.—Veinte y cuatro apóstoladores.—Veinte y cuatro pajes.—Cuatro camareros.—Dos médicos ingleses.—Dos cirujanos.—Sesenta criados de escalera abajo.—Seis reposteros italianos.—Seis cocineros franceses.—Dos cafeteros griegos.—Treinta criadas: quince de ellas negras.—Cuatro amas.—Cuatro criados para estas.

## Guardia.

Un capitán.—Cuatro subalternos.—Cincuenta genizaros.

## Regalos.

Dos mil trescientos veinte y dos cánticos, incluidas doscientas mugeres y cincuenta y ocho niños que no tenían rescate.—Un botiquín muy extraño.—Una coleccion de brillantes.—Una de margaritas.—Dos elefantes.—Dos camellos de carga.—Un dromedario.—Veinte leones.—Cuatro tigres.—Diez pellicanos.—Diez literas con veinte mulas aligradas.—Treinta coches de tres ruedas.

Relacion de lo que se necesitaba diariamente para el embajador y su familia.

Dos carneros blancos.—Veinte y ocho gallinas.—Sesenta pollos.—Doscientas berenjenas.—Cien pepinos.—Cien calabacines.—Veinte docenas de huevos.—Treinta libras de manteca de Flandes ó fresca.—Sesenta velas de sebo.—Sesenta id. de cera.—Dos antorchitas.—Doce libras de alcauzou ó harina de flor.—Cuarenta panes de á cuatro libras.—Seis libras de clavo.—Dos de pimienta negra.—Cuatro de almendras crudas.—Diez y seis de azúcar florete.—Diez y seis id. de café.—Ochenta id. de arroz, y una gran cantidad de acelgas, yerba buena, perejil, cebollas, ensalada y limones.

Nada dice la nota respecto á la cantidad de tocino, jamon, vino y otras cosas que á pesar de prohibirlas el alcoran, no dejaria de probartas de cuando en cuando el embajador.

Con motivo de este regalo y para ridiculizarlo, se hicieron por aquella época las siguientes décimas, que aunque mal digeridas las ideas y faltos de consonantes los versos, algunas veces no dejan de ser picantes y satíricos. Nosotros no hemos querido hacer en ellas la menor correccion, y así las damos tales cuales salieron de la pluma del que las hizo (no nos atrevemos á decir del poeta), ó de la mano de los copistas que tan buena maña suelen darse para hacer mediano lo bueno, malo lo mediano y peor lo malo.

## DÉCIMAS

el regalo que el embajador turco trajo á nuestro rey, en este año de 1791.

Una brillante sortija  
del gran caballo del Cid,  
y de la arpa de David  
un bordon y una clavija;  
la llavé de la balija  
del correo de Sodoma,  
y el cuello de la redoma  
donde destilaban sales  
los espíritus vitales  
del zancarron de Mahoma.

Una calceta de Adan,  
el sarmiento de Noé,  
la colia de Bersabé,  
y el pellico de Abraham:  
brevas del monte Taran,  
medio pectoral de Amou,  
el cetro de Faraon,  
las cabañuelas de Asuero,  
las columnas y el crucero  
del templo de Salomon.

Siete pelos del cogote  
del eunuco Gran Sultan,  
que á la burra de Balaan  
la casó con Don Quijote;  
la túnica y capirote  
del Nazareno del Rhin,  
y dentro de un escarpin  
el pié izquierdo del Pegaso,  
las costillas de Parnaso  
y espínazo de Cain.

Seis cocineros rabinos  
de las botijas de Canaan,

y de la reina Sabá  
muchos sabumerios muy finos;  
la gran lanza de Longinos,  
el morrion de Ismael,  
la cotilla de Raquel,  
el reloj de Acaz sin mengua,  
y setenta y una lenguas  
de la torre de Babel.

La piedra filosofal;  
gorriones celibatos,  
agonias de Pilatos  
en término musical;  
la línea equinoecial,  
frascos de leche de mona,  
cocodrilos con valonas,  
aguiluchos en audiencia,  
y la Juca de Valencia  
con las plumas de Belonas.

La Dulcinea del Toboso,  
medio gigante Galafre,  
la punta de un almocafre,  
y una pierna del coloso;  
velas de sebo de oso,  
el escudo de Oliveros,  
de Judas treinta dineros,  
el peluquin de Faetonte,  
y las barcas de Aqueronte  
con todos sus marineros.

Una quijada de Ulises,  
las pestañas de Sanson,  
el idolo del Dragon  
y de Ovidio las narices:  
colas de las codornices  
que Moisés cogió en Asia  
las dos estrellas de Francia,  
el bonete de un convicto,  
y de las ollas de Egipto  
un puchero de sustancia.

Parte del fuego neutral  
que halló el grajo en el Diluvio,  
un huevo de fénix rubio  
y un pleito matrimonial;  
la cúmula magistral  
de un mercurio hecho en sartén;  
frescas frutas de Belen,  
oreja y media de pieo,  
y las tres muelas de juicio  
del señor Matusalen.

Cuatro lágrimas del ojo  
de la puente de Mantible,  
y del caulican horrible  
las espumas de su enojo;  
la ana cardina en manojo,  
un sigilo elemental,  
un eclipse diagonal,  
las Californias en eventas,  
y de las mil y quinientas  
el débito conyugal.

Ocho elefantes mellizos,  
diez sirenas del serrallo,  
un basilisco á caballo  
y dos mil plumas de erizo;  
ojos de cangrejos frisos,  
Virgo y Marte en conjuncion,  
medio signo de escorpion,  
treinta y dos culebras cojas,  
y el alcoran con sus hojas  
metido ya en infusion.

Este, amigo, es por entero  
sin faltar coma ni punto  
el regalo todo juuto  
segun dice el gacetero;  
que lo celebres espero,  
pues lo pido por instantes;  
y si acaso en tus cuadrantes  
no mereciere los ramos,  
te aseguro que quedamos  
tan amigos como antes.